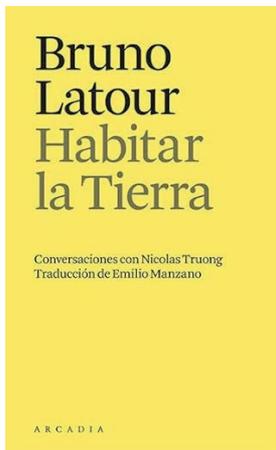


Habitar la Tierra. Conversaciones con Nicolas Truong

BRUNO LATOUR

*Traducción de Emilio Manzano.
Editorial Arcadia, Barcelona, 2023.
136 páginas.*



Habitar la Tierra, una entrevista conducida con maestría por Nicolas Truong y publicada de forma póstuma al fallecimiento del gran Bruno Latour, no solo ilumina sino que también desafía la concepción del mundo que nos ha abocado al agravamiento de la crisis ecosocial. Latour, con la clarividencia que le caracteriza, redefine el reto del pensamiento político del siglo XXI enraizándolo profundamente en la cuestión ecológica. Este libro es una brújula para navegantes de un mundo en constante transformación, una herramienta crítica para quienes se atreven a preguntar, no tan solo cómo vivimos, sino cómo debemos coexistir con nuestro entorno. Inspirándose en la bióloga Lynn Margulis, nos recuerda que

los seres vivos son los arquitectos de sus propias condiciones de subsistencia. Se trata, pues, de una llamada al reconocimiento de nuestra condición simbiótica con todo nuestro entorno, lo que implica una profunda responsabilidad y un potencial inmenso para la renovación de nuestras prácticas. Latour nos muestra que una (hipotética) *nueva clase ecológica* no solo puede heredar la pasión de los movimientos

socialistas del siglo pasado, sino también transformarlos, retomando con orgullo la antorcha de la justicia social bajo una luz más verde y más urgente. Así pues, en una crítica a la modernidad, que Latour describe como una mera aceleración, el autor nos insta a cambiar el paradigma: en lugar de modernizar, debemos ecologizar (p. 44).

Este ecologizar trae consigo los requerimientos de un planeta cuyo grito exige un cambio de paradigma que plantee, a través de la invención y cooperación de dispositivos colectivos, nuevos modos de existencia más sostenibles. Dicho cambio pasa por una toma de consciencia que considere “el problema fundamental de las condiciones de habitabilidad del planeta” (pág. 73), denunciando y dramatizando las injusticias de un mundo en el que todavía no hemos aterrizado. Este es, sin duda, el trabajo de Bruno Latour en *Habitar la Tierra*: “Este es mi trabajo: dramatizar, nombrar las cosas” (pág. 33). Así pues, en este breve pero intenso libro, Bruno Latour retoma sus *Políticas de la naturaleza* (2013) para plantear el surgimiento de una *nueva clase ecológica* que aprenda a habitar la Tierra. Tras haber dado respuesta a preguntas tan esenciales como *¿Dónde aterrizar?* (2019) y *¿Dónde estoy?* (2021), el sociólogo y filósofo francés se lanza a contestar otras tantas en esta íntima conversación con Nicolas Truong, dejando así las palabras de alerta y preocupación, no solo por el futuro de su nieto Lilo (evocado en el último capítulo de la obra), sino por los difíciles retos que debemos y deberemos asumir si queremos seguir habitando la Tierra.

Para afrontar la amenaza de estas urgencias ecológicas, en primer lugar, es necesario llevar a cabo un cambio de mundo que acorte las distancias entre el humano moderno y el planeta que habitamos – aquello que algunos geoquímicos como Gaillardet han denominado “la zona crítica”: esa “delgada piel de algunos kilómetros de grosor que recubre el globo terrestre” (pág. 11) desde el lecho rocoso hasta la atmósfera inferior, incluyendo suelo, agua y biota.

La *bifurcación de la naturaleza* (Whitehead) que trajo consigo la modernidad derivó en antropocentrismo, como consecuencia de percibir el mundo bajo un paradigma mecanicista y distante: “un mundo de objetos sin *agency*, controlables mediante el cálculo, un mundo de ciencias apreciables en el que la abundancia y el confort son suministrados por el sistema de producción” (pág. 33). Para comprender el problema de este dualismo (par naturaleza/ cultura), debemos aterrizar en la Tierra y reemplazar el sujeto moderno por un nuevo sujeto ecológico que dé cuenta de su cohabitabilidad en un mundo vivo, del cual depende y al cual condiciona: “cuando consideramos el clima y los virus, nadie puede decir que existen sujetos a distancia del mundo en el que se encuentran [...]. Nuestra propia existencia interviene y ejerce una influencia sobre todas las demás” (págs. 34-35).

Con ello, el fin de la modernidad reclama un nuevo *mot d'ordre*: ecologizar, que sustituya las consignas de los años cincuenta, aquellas que proclamaban despegar hacia la abundancia, la libertad y la emancipación, todo un “frente de destrucción” del planeta. Sin duda, “hay que liberarse de la enorme presión de la modernización, que ciega por completo las decisiones y las elecciones; hay que poder escoger, discernir entre la mejor y la peor técnica, entre el buen derecho y el malo” (pág. 44). Luego, solo a partir de una ciencia modesta, una política modesta y una tecnología modesta, seremos capaces de orientarnos y recomponer esta nueva dirección.

Para ello, es necesario un cambio de paradigma que incluya también a la propia ciencia y sus teorías. De ahí que Bruno Latour señale el requerimiento de Gaia (a hombros de Lovelock) para comprender que somos seres interconectados cohabitando un planeta que nos cuida y debemos cuidar. Un planeta que no habitamos desde la fría distancia –“el medio ambiente está hecho por los seres vivos y no, como se creía antes, que los seres vivos ocupan un medio ambiente al que se adaptan” (pág. 56)–, sino que lo condicionamos y aclimatamos con nuestra propia existencia, cada vez más nociva e invasiva: “Nuestras acciones de humanos industrializados ocupan, necesariamente, un lugar enorme, algo que no estaba previsto, porque hace tres siglos, hasta el periodo de entreguerras, el rastro de los humanos sobre la Tierra era insignificante” (pág. 55).

De esta manera, lo que propone Latour es que miremos y describamos las cosas desde su base, entendiendo dicha base como un mundo del que somos ecodependientes: “Describir también quiere decir sentarse, posarse, tener una base” (pág. 61). Permite “visualizar unas situaciones que pueden ser reordenadas” (pág. 62), aprendiendo a escuchar no solo lo que pasa en nuestras ciudades, sino en todo el mundo. Esta toma de consciencia ya es una acción, y empezar a pequeña escala, “cada uno para sí”, para luego poner la mirada en los otros, permite distinguir esa red de dependencias que nos constituye como seres ecosociales en una lucha de *geoclases*.

La “nueva clase ecológica”, se sugiere, puede avanzar hacia un nuevo horizonte de “prosperidad”. Frente a la burguesía liberal del siglo XX, nosotros “representamos la nueva racionalidad y el nuevo proceso de civilización, el avance del proceso de civilización, porque consideramos el problema fundamental de las condiciones de habitabilidad del planeta” (pág. 73).

Por ello, desde una filosofía modesta, Latour apunta a la necesidad de inventar dispositivos colectivos que utilicen medios heterogéneos como, por ejemplo, las artes: “Cuando la filosofía deja de ser esta especie de pretensión de fundamento, entonces puede dotarse de medios completamente diferentes” (pág. 84). A su vez, recuperar “la verdad de lo religioso” en el sentido de una espiritualidad alejada de la

religión cristiana occidental podría ser útil para plantear nuevos modos de existencia más amables y empáticos –*geopáticos*– con Gaia: “hace tres siglos que este asunto de lo espiritual está bloqueado” (pág. 94). Pero también es necesario llevar a cabo una revisión de la ciencia tal como se hace, y abandonar la concepción clásica de las ciencias hechas en el aire –*view from nowhere*, como dirían Thomas Nagel y Donna Haraway– situadas en una “epistemología todoterreno” que las aleja de “la red en la que se han producido” (pág. 103). Esta crítica a la epistemología dominante muestra, en definitiva, que “nuestra sociedad está hecha de derecho, de ciencia, de técnica, de religión – hecha de todos esos regímenes y modos de verdad diferentes” (pág. 110). Es, por tanto, tarea de la filosofía compatibilizar todas esas prácticas en un solo lema: la ciencia de las asociaciones, sin olvidar nunca el círculo de la política que las circunda.

Dicha política, para Latour, debe suponer un desplazamiento del ego que facilite la asociación entre humanos y no-humanos sin trabas como “yo pienso que, yo tengo mi opinión, tengo mis valores y me aferro a ellos” (pág. 121). Una vez más, ¡hay que aterrizar!, porque en la base se sitúa aquello que permite escuchar y visualizar todas las partes del mundo –de las que dependemos y con las que convivimos–, llevando a cabo un proceso de *etnogénesis* (pág. 126) que permita reconocer la cadena de problemas en la que se sitúa el colapso ecológico. “La Tierra no es apasionante, ¡en cambio ir a Marte, eso sí que es interesante! Que esta mitología del despegue y del vuelo parezca ahora ridícula, que haya desaparecido, resulta formidable” (pág. 125). A veces resulta difícil acompañar a Latour en su optimismo: para los poderes dominantes aquella mitología ni parece ridícula, ni ha desaparecido, pero desde luego sería formidable que lo hiciera.

Una vez aterrizados y sabiendo “dónde estamos”, *Habitar la Tierra* es una ardua tarea que requiere de una actitud autocrítica y modesta con el planeta, a la vez que damos firmes pasos para afrontar el reto de construir un presente y un futuro mejores. Para ello “¡es tan hermosa la filosofía!”, dice Latour, porque si algo tiene este ejercicio de colectividad es que “encuentra el medio de mantener, unos juntos a otros, los diferentes modos de existencia” (pág. 132). Pero es también un ejercicio de amor hacia el planeta, porque “la filosofía -los filósofos lo saben- es esta forma absolutamente sorprendente que se interesa por la totalidad y que no la alcanza jamás, porque el objetivo no es alcanzarla, sino amarla. La palabra de la filosofía es el amor” (pág. 134).

Esta es “la filosofía diplomática” de Bruno Latour, como dice Descola, una filosofía que pone los pies en el suelo, que abre sus brazos a Gaia y a todas sus formas de existencia: multitudes de no-humanos que han de tener cabida en la nueva lucha de clases. Afrontar los conflictos geosociales de nuestro planeta requiere un aterri-

zaje forzoso. Así pues, y parafraseando a Alexander Koyré, si Galileo alzó sus ojos hacia el cielo; Lovelock (y Bruno Latour) los bajaron hacia el suelo: ese movimiento resulta hoy urgentemente necesario.

Borja Delgado Fernández,
David Moreno Inglés,
Morgana Toson